

“El Abuelo.”

I. La Nieta.

La verdad era que se encontraba un poco aburrída. Y no sabía bien por qué. Estaba con su perrito, “Trueno”, que la quería mucho y le gustaba saltar y brincar y lamerle la cara (aunque eso era un poco asqueroso, pero divertido). Y que, además, corría por cualquier cosa que le tirabas: una pelota, un calcetín o el rollo del papel del váter, que después se enrollaba todo y se armaba un buen lío.

Claro que Trueno también parecía aburrído esa tarde. No tenía las orejitas puntiagudas, apuntando para arriba, como siempre que estaba contento. Y tampoco movía como un loco su rabito, chiquitín y regordito, que era lo que hacía cuando estaba contento y con ganas de juerga. Truenito estaba hoy como su cuidadora: tristoncito.

Bueno, no era tristoncita lo que estaba Vicky. Era sólo “gordo aburrimiento”. Y eso no estaba bien, porque su mamá siempre le decía: “una niña nunca se puede aburrir, porque para eso está la imaginación”. Claro, ¡qué lista era mamá! Ella siempre tenía cosas divertidas que hacer: salía a trabajar toda elegante, con sus camisas tan bonitas y su chaqueta, con el pelo tan rubito y tan limpio y su maletín. Y luego, además, cuando volvía a casa, se seguía divirtiendo con cosas muy guays, como preparar comidas ricas y hacer las camas y un montón de cosas divertidas ¡ Así cualquiera se lo podía pasar bien! Algunas veces le dejaba ayudarla, y se lo pasaban bien juntas, pero otras no. Como hoy, que no la dejaba hacer las maletas con ella, metiendo chismes y más chismes en esa maletota tan grande, que luego papá no podía con ella y protestaba. Eso sí que era divertido, cuando papá protestaba. Porque papá se pone muy gracioso cuando protesta y dice que trabaja como un burro. Yo me lo imagino como un burro, suavcito (porque papá es muy suave) y con dos orejotas largas y muy rectas.

Esos días de verano, con tanto sol y calor eran un poco rollo. Y sobre todo por la tarde, después de comer, que todos se echaban la siesta (hasta Trueno). Menos mamá, claro, que siempre estaba haciendo esas cosas tan divertidas por todas partes. Hoy, estaba preparando la maleta gorda para ir a Astorga. Porque íbamos a pasar allí el fin de semana, con los abuelos, con el abuelito y la abuelita, que vivían allí, en esa casa tan grande y tan bonita. Yo creo que si pudieran nos la cambiarían, porque la nuestra no es tan grande, y somos más que ellos: contando a Trueno somos cinco y ellos sólo dos. Al ser la casa tan grande parece que están más solos porque entras al salón y casi no los ves, sobre todo al abuelo, cuando se pone “pachucho”, porque se encoge un poco, así, como si le doliera la tripa (aunque él siempre

me dice que no me preocupe, que no le duele) y claro, parece más pequeño. Pero cuando está bien y no está pachucho, a mí me parece el más grande de todos. Y el mejor. Y también el más bueno y el más simpático. Mi abuelo se pone pachucho porque tiene Parkinson, dice mi papá. Pero a mí no me importa. Creo que es el más grande.

II. El viaje.

Ya lo decía yo. Mi papá ha vuelto a decir “lo del burro”. Ha dicho “esta maleta pesa una tonelada, no entiendo como vamos tan cargados para dos días, parezco un burro de carga”. Y claro, yo le volví a ver la orejotas. No me lo puedo remediar, porque me hace tanta gracia. Así que como me reí pues él también se rió. Aunque él no sabía por qué se reía, pero yo sí. Creo que si lo hubiera sabido a lo mejor se habría enfadado, aunque papá casi nunca se enfada, sólo cuando nos peleamos mi hermano, que es un bruto. Mi hermano se llama Armando. Es alto y muy guapo, pero muy bruto. Bueno, sólo a veces, cuando se enfada conmigo porque dice que canto en mi habitación y no le dejo estudiar. No sé para qué quiere estudiar tanto. Total, siempre saca buenas notas, pero siempre está gruñendo... Y es más importante ser feliz, como yo y también Trueno.

Así que en cuanto empezó el viaje empezamos a discutir, porque claro, yo tengo razón, no me deja casi sitio en el coche y, aunque es muy grande, como dice mi papá, no hay sitio para los dos. Bueno, para los tres, porque Trueno siempre viene con nosotros en estos viajes y aunque es chiquitín, como se mueve tanto porque se pone nervioso en el coche, o se mareo o algo le pasa, pues parece que ocupa mucho sitio. Pero no, sólo es que lo parece, porque está todo el rato moviéndose: salta para adelante y luego para atrás y se sube en la bandeja de detrás del todo y así todo el camino. Yo creo que es por eso que se mareo, de tanto subir y bajar por los huecos del coche, moviendo su rabito y mirando a todos con cara de pena. Por suerte que me dormí. Así el rollo del viaje se pasa antes.

III. Los Abuelos.

Cuando abrí los ojos ¡zas! ya estaba en Astorga ¡Qué barbaridad, si que se viaja rápido dentro de los sueños! Deberían de inventar autobuses, o mejor, trenes de sueño. Que te montases y fuera todo el tren hecho de sueño. Así, nada más entrar ya habrías llegado. Sería como en esas pelis de naves

espaciales en las que te metes en una máquina que te transporta como una tele: ¡pum! de un planeta al otro sin enterarte. Pero bueno, mientras inventan ese Tren del Sueño, el coche de mi papá tampoco está mal, sobre todo si voy sola, sin Armando, porque entonces me tumbo detrás como si fuera en mi camita y oigo la música del disc-man y me duermo genial. Y como la casa de mis abuelitos tiene un ascensor como de metal y gris y con luces por todas partes, pues parece que sigo en la tele de transportar hasta que llego a su casa.

Lo malo es que al entrar en la casa, el abuelito está “cogido” como él dice. El dice que “está cogido” cuando se pone pachucho. Mi abuelita cree que es por el Parkinson ese, y mis padres también. Pero yo no estoy tan segura porque si está cogido, es porque alguien le coge. Y, además, se agacha un poco, como si mirase al suelo, o como si le doliese la tripita. Es como si alguien le cogiera de la tripa un poco. Y también empieza a andar muy despacito, casi sin mover los pies: o sea, que es como si alguien le cogiera. Yo creo que es por eso que dice: “estoy cogido”.

Mi abuela le estaba dando las medicinas, con mucho cariño porque ella le quiere mucho. Y él también a ella, porque parecen siempre como dos novios: siempre van cogidos de la mano y se dan muchos besos, como mis papás. El abuelo toma tantas medicinas a la vez que yo creo que se come todas las de la farmacia en un santiamén. Por eso tiene que ir tanto al médico, para que le mande más medicinas. Y menos mal que se las da mi abuela, porque sino él sólo se haría un lío, porque como cuando las toma casi siempre está “cogido”, se equivocaría casi seguro.

Aunque parezca mentira Trueno se da cuenta cuando el abuelo está malito, porque se arrebujaba a su lado en el tresillo y le da golpecitos con su cabecita en sus manos. Se pone así como triste. Y el abuelo, aunque esté pachucho, le acaricia con la mano detrás de las orejitas. Así que así se quedan los dos un buen rato.

Cuando el abuelo está bien es genial. Te cuenta historias de todas las cosas y siempre quiere salir a la calle y, lo mejor, todo le parece bien y nunca pone problemas a nada. Lo malo es que a veces, yo creo que porque se pone tan contento de estar bien, no se le entiende bien lo que dice, porque habla muy deprisa y un poco atropellado. Claro, como ha estado callado todo el rato que estaba malito, pues luego quiere recuperarlo y se pone a toda prisa, por eso se le entiende peor. Y tiene unas manos muy bonitas, no muy grandes pero muy suaves y que cuando te cogen de la mano parecen como de algodón y que te acarician. Y luego te queda el olor de sus manos en las tuyas, que es como olor de miel o de caramelo dulce. Y si te las hueles casi lo notas a él y lo puedes ver un poquito y también, si te fijas mucho, lo oyes reirse.

4. La Feria.

Otra vez estaba más aburrida que una ostra. Nadie quería jugar conmigo, ni tampoco salir a la calle, que había una feria fenomenal, con tío-vivo y caballitos y todo.

Pero mi mamá estaba hablando con la abuela, dale que te pego desde que llegamos. Y mi papá estaba echado la siesta, porque “estaba cansado de conducir”. Yo no entiendo como puede cansarse tanto mi papá de conducir, si va todo el rato sentado y sin hacer nada. Por eso bosteza tanto cuando conduce y dice que quiere pararse a tomar café, porque se aburre de no hacer nada. Y luego va y dice que está cansado y que se quiere echar la siesta...

Y Trueno no sé que le pasa hoy, porque tampoco quiere jugar. Así que aquí estoy como en Madrid, tan solita y aburrida y encima en esta casa tan grande, que parece que estás más sola y más aburrida, porque todo va como más despacio que en mi casa de Madrid. Aquí, hasta el reloj grande del salón, que suena así ¡dong! cuando da las horas parece más lento y como si se aburriera también.

Ahora Trueno ha levantado las orejas, y eso quiere decir que ha oído algo, porque tiene un oído increíble, que lo oye todo. Al principio tengo que poner mucho interés, pero luego ya lo oigo yo también: es el abuelo que está cantando desde su habitación.

Cuando el abuelo se pone bueno, muchas veces canta. Y canta esas canciones que se oyen en los discos y que no entiendes nada, como las que pone a veces papá y que las voces suenan muy gordas en los señores y muy finas en las mujeres, como dando gritos, pero gritos bonitos. Papá dice que es ópera o algo así.

Bueno pues el abuelo canta ópera o algo así cuando se pone bueno. Así que salí zumbando de mi habitación, porque quería pedirle que me llevara a la feria. Pero no me dio ni tiempo, porque en cuanto que me vio me dijo:

- ¡Hala! Arréglate que nos vamos a los caballitos.

Así es el abuelo. Cuando se pone bien es el más marchoso de la familia.

- Vale, abuelo. Le dije. – Voy zumbando.

Me puse muy pero que muy contenta. Aunque entonces todavía no sabía lo que me iba a pasar y que estuve a punto de no volver a ver a mis papás ni a Trueno (y tampoco a mi hermano, Armando, el gruñón).

La feria de Astorga es fenomenal. Está llena de gente por todos lados y de cosas divertidas. El abuelo me pagaba las entradas para todos los sitios que le pedía: el Tren de la Bruja, los columpios, los caballitos y dos veces en las colchonetas. Pero al bajarme la segunda vez de las colchonetas, me perdí.

Como el Muñeco Gigante estaba enfrente de las colchonetas, pues yo salí corriendo para montarme en él y no me acordé de que tenía que esperar al abuelo. Así que me perdí.

5. El Payaso.

Al principio no parecía muy grave la cosa, pero poco a poco me empezó a entrar calor en todo el cuerpo y ganas de llorar. Pero no sé que pasaba que tenía la garganta como atascada y aunque tenía ganas no podía llorar. Ahora parecía que estaba mucho más lleno de gente que antes. Todos se movían muy deprisa, alrededor mío y me empujaban y había mucho ruido y gritos.

De pronto vi a un señor vestido de payaso, con un disfraz de rayas rojas y blancas y una peluca grande de pelo rojo rizado. Tenía la cara pintada de blanco y una sonrisa también roja muy grande. Y llevaba una nariz postiza gorda y también roja. Tenía un globo rojo que sujetaba con la mano metida en un guante blanco. Yo me quedé mirándole fijamente, porque daba como un poco de miedo y entonces él, se empezó a girar poco a poco y terminó parando su mirada justo en mí. Eran unos ojos muy grandes y negros, como de una gruta. Y después de mirarme un rato, empezó a acercarse a mí poco a poco pero sin dejar de mirarme, como si se moviera a cámara lenta. Yo tenía la sensación de que ya no había ruido en toda la feria y como si todo el mundo estuviera como parado y sólo se moviese el payaso grande y rojo que venía a por mí. Y, además, empezó a oler raro, como huele cuando se enciende una cerilla o cuando hay un cenicero con muchos cigarros apagados: un olor asqueroso.

Yo intentaba correr, pero no podía, porque estaba pegada al suelo, igualito que en los sueños esos donde lo pasas fatal. Pero cuando la mano con el guante blanco del payaso se acercó a mi cara y el payaso se agachó y vi que se reía con sus dientes raros y feos y un poco sucios, di un grito y un salto y me di la vuelta de golpe. Y me choqué con algo.

6. La Vuelta a Casa.

Al principio me asusté más. Pero no tardé ni tres segundos en darme cuenta de que ya estaba salvada del payaso del globo rojo. Porque enseguida sentí el olor como a miel o como a caramelo dulce del abuelo.

¡Eso sí que era estar a gusto! Sentir otra vez al abuelo cerca, tan grande y tan fuerte... y tan bueno. Con sus manos suaves pero que te protegían y te llevaban segura de la mano.

Y todo volvió de golpe a estar como antes: el mismo ruido de la música alrededor y la gente paseando y comiendo algodón de azúcar en el puesto de enfrente. Y, lo más importante, mi abuelo que me sonreía y que no se había enfadado porque me había perdido.

Pero, ya ves, cuando volvíamos a casa, de pronto el abuelo se puso malo. “Estaba cogido”. Aunque parezca increíble, le pasa así, de golpe: está divinamente y ¡zas! de golpe se pone mal. Yo soy muy chiquitina (bueno, eso dicen mis padres y mi hermano, pero yo creo que no tanto) pero también soy valiente, como mi abuelo. Así que me puse delante de él para que apoyara su mano en mi hombro y de esta forma, poco a poco fuimos andando hasta llegar a nuestra casa. Fuimos muy despacito, porque el abuelito cuando se pone así casi no anda, pero llegamos. Y tan contentos.

7. Epílogo.

No hemos contado a nadie nuestra aventura, porque estas cosas no las entiende todo el mundo, aunque mis papás lo entienden casi todo o todo, pero mi abuelo y yo decidimos que ésta sería una aventura sólo de los dos. Suya y mía.

Pero ahora me ha pedido que os la cuente, porque dice que en España hay muchos señores y también señoras como él, con Parkinson y que les gustaría conocer nuestra historia secreta.

Yo, como él me lo pide, os lo cuento.

Pero no creo que haya muchos como él. Creo que es el mejor. El más grande.

Y nadie más huele a miel o a caramelo dulce.